

Los actores de *Romané* son ídolos nacionales al borde de convertirse en oráculos frívolos. ¿Los alimentos transgénicos? Una actriz subraya su preocupación por las nuevas verduras, fuente nutritiva indispensable para mantener la línea. ¿Las costumbres? Cada cual viva su vida y se halle a sí mismo. ¿El arte dramático? Ah, el teatro, el teatro sí es lo mío, confiesan orgullosos. Teatro, teatro mayúsculo, sin bemoles. En efecto, contrasta que mientras vociferan a bombos y platillos sus papeles en la telenovela nieguen que el género les acomoda. No; nadie se resigna. Tampoco se trata de cualquier índole de escenarios sino de cumbres. Obritas de enredo, ni hablar; dramas conyugales, impensables; comedias, jamás; piezas menores, Dios nos libre. Shakespeare, Sófocles, Esquilo, como mucho Aristófanes. Las tablas son las tablas, es decir, de alcurnia, bien que en la mañana siguiente haya que rodar un nuevo episodio de la telenovela.

Cuando asistía al juicio a Adolf Eichmann en Jerusalén, Hannah Arendt acuñó la expresión «banalización del mal». El abominable nazi confesaba con campante naturalidad que era un bondadoso padre de familia y que lo de las atrocidades, en fin, cosas de la vida y del oficio. Cuesta resistirse a la tentación de denominar banalización de la impostura al paradójico discurso que exalta las tragedias griegas mientras que el día a día transcurre en el glamur de la telenovela. Sin embargo, el auge que ha venido experimentando el cine chileno, de dos años acá, quizá salvará a esta geografía del despeñadero. Como un destello, en los últimos meses se han estrenado cuatro películas de directores chilenos, y se esperan más de diez antes de diciembre. De dispar calidad, los aplausos del público los ha merecido *Coronación*, adaptación de la homónima novela de José Donoso. A veces resulta lenta, pero posee una estupenda factura técnica y proyecta con gran acierto la decadente atmósfera donosiana.

A raíz de la pantalla, la novela se ha empinado hasta las superventas. Con motivo del estreno de la película, el diario *El Mercurio* reprodujo la cubierta original del ejemplar, ilustración y tipografía de Nemesio Antúnez, y la reseña que en enero de 1958, apenas a meses de publicarse, le dedicara Alone, pseudónimo del crítico literario de honda influencia por más de medio siglo. Con tono impresionista, quien había seguido de cerca, tan encima, la literatura chilena del siglo XX resalta que «*Coronación* desmiente el que en las obras de autores chilenos, como alguien ha dicho, se hallen ausentes todos los grandes problemas vitales y que su órbita gire aplastadoramente en la mediocridad intelectual». Frente a la actualidad rabiosa, toparse con unos renglones que hilan la historia permite no sólo asustarse de lo que sería la novela chilena antes de Donoso, también tramar una continuidad que no sucumbe ante el empeño del presente y el frenesí

de la fama. Y ya que estamos en esto, un susurro de Heráclito. En Santiago, en un bajo donde en los setenta existió una librería, tras pasar por agencia de viajes y distintos comercios, ha vuelto a ponerse una. Con todas las de la ley, no una mera venta al tuntún. Pese a los punto-com, al alud de manuales de autoayuda y *best sellers*, a las ruinosas tiendas con textos de lectura obligatoria en los colegios, constituye una sorpresa notable llegar a un sitio donde los títulos responden a una esmerada elección, donde conviven Gadamer con el Bourdieu del feminismo y con los ensayos de Hazlitt. Se llama *Ulises*. ¿Homero o Joyce?



Mariano Fortuny: *Echadoras de cartas*, 1867